

El alumno en la universidad, el amigo en el banco, el compañero en el edificio, el vecino en la casa, el conocido en la calle, el hijo, el hermano, el primo de tantos buenos amigos, se fueron camino a Sinaí o Golán.

La guerra, con dos frentes, se volvió un trágico juego de ping-pong. Jerusalén oscurecida se embelleció con su propia luz. El irío se adelantó y la angustia personal se hizo misión de servicio. El quiero ayudar inició una cadena infinita de acciones voluntarias. Y salvo las sirenas de alarma, los arreglos en las casas para proteger ventanas y no dejar traslucir la luz, así como la oscuridad y el profundo silencio en las noches, la guerra se confinó a los noticieros cada media hora en el radio y los programas de televisión sobre las acciones bélicas.

Esa solidaridad que surge en los momentos difíciles, se hizo más evidente. Cada vehículo particular ayudaba en el transporte público, los niños distribuían periódicos y correo, pintaban de azul las luces de los carros, las mujeres sustituían a los hombres en el trabajo, los escolares mayores cuidaban a los escolares menores. Nadie era capaz de tocar una bocina, cuando otro se detenía o se estacionaba mal. Todos ofrecían solícitos la ayuda. La gentileza, la disposición de servicio, el gesto cordial, matizaron las relaciones. Los desconocidos se hablaban en tono familiar. Los vecinos intimidados.

Sinaí y Golán

La amenaza común une, el destino del país y de su gente rompe cualquier estratificación social.

El tema de la guerra iniciaba las conversaciones, las ligaba y al final de una larga jornada de palabras, nunca se llegaba a conclusiones. El que tenía más información era el de la voz dominante, el que sabía algo de estrategia un erudito, el veterano de las cinco guerras un reconocido sabio. Un lenguaje nuevo a cada paso: el misil tierra a tierra, el misil tierra a cielo, el misil con radar, el misil dirigido, las armas sofisticadas, el terrible Sam 6 que superaba al Sam 2 y al Sam 4, los phantom, los mirage, los kelt. El lenguaje de la matanza a través de botones, las armas con objetivos televisados, las computadoras al servicio de la estrategia... ¿y el hombre?, el pobre hombre, el hombre de piel vulnerable, con dos ojos insustituibles, con un corazón que falla, con pulmones que buscan el aire puro, con un estómago nervioso, con dos manos herramientas y un cerebro que necesita paz y silencio, ese

pobre hombre resumido en tiro al blanco.

Y los lugares de Sinaí y Golán en la boca de todos, porque eran los lugares de las batallas.

Golán es una meseta alta, parte de una cadena de montañas, de formación volcánica, que se levantan en la ladera oriental del Lago de Galilea. Según el relato bíblico, perteneció a la tribu israelita de Manasés.

Antes de subir por la carretera-caracol que lleva a la altiplanicie, las ruinas de una iglesia convento llaman la atención. Conmemoran el encuentro de Jesús con los dos endemoniados, su envío a la pira de cerdos y el lanzamiento de animales y demonios a las aguas.

Algo de endemoniado hay en esta meseta, tranquila, demasiado tranquila cuando la he visitado, silente, verde, des poblada. Quizás el recuerdo de tantos muertos o la lava y las rocas de horror volcánico. Una meseta fértil, en donde podría crecer el trigo o el pasto espeso haría engordar ganaderías.

Al finalizar la primera guerra mundial, el Golán formó parte de Siria. Después de 1948, los sirios fortificaron la zona y desde ese punto estratégico bombardearon y atacaron las aldeas israelíes, los kibutzin y las cooperativas, en la planicie de Galilea.

En la guerra de 1967, llamada de los seis días, Israel conquistó la meseta.

En la guerra de Yom Kipur, tanques, aviones, cañones azotaron de nuevo el Golán.

Sinaí es todo lo contrario, ahí no crece el trigo ni podría pastar el ganado. Es un ancho desierto que une al Medio Oriente con Africa, un triángulo de arena rodeado por el Mediterráneo al norte y por el Mar Rojo al sur. Dos golfos pintorescos interrumpen las dunas, el Golfo de Suez y el Golfo de Eilat.

Dicen que el nombre de Sinaí proviene del dios de la luna, llamado Sin por los antiguos babilonios. Otros creen que proviene de la palabra hebrea "sné", la zarza ardiente, desde la que Dios habló a Moisés: "Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacobo". "He descendido para librarlos de mano de los egipcios, y sacarlos de aquella tierra... a tierra que fluye leche y miel". En el Monte Sinaí, Dios entregó a Moisés los diez mandamientos.

Este largo puente de arena y polvo, por donde caminan hoy día los nómadas beduinos, fue centro de historia desde tiempos remotos. Vínculo entre dos grandes imperios del pasado, Egipto en Africa y Babilonia en Asia, en tiempos de paz era parte de la famosa "Ruta del Mar" y en tiempos de guerra escenario de victorias y derrotas, enorme cementerio, cáliz sediento de sangre.

Por esta península egipcia, entró el ejército inglés en 1917, para conquistar Palestina y arrebatársela a los turcos. En 1948 el ejército egipcio cruzó el desierto, en la primera incursión contra Israel. En 1956 la guerra que se libró ahí lleva el nombre de Sinaí, Israel rechazó el ataque egipcio, conquistó la península y luego la devolvió a Egipto. En 1967 ganó también este desierto y lo retuvo en sus manos. Desde 1967 a 1970 se efectuó en esa zona la llamada guerra de desgaste. En 1973 el desierto quiso más historia de san-



Carmen Naranjo
Jerusalén, noviembre de 1973

gre y dolor.

La planicie por un lado, la montaña por el otro. La erosión de los siglos, la fertilidad volcánica. Sinaí y Golán. ¿Cuándo la paz? ¿Cuándo el hombre será como el venado, como el pájaro, que cruzan las fronteras y descubren en la altura o en el llano la simpleza de que hay un lugar bajo el sol, libre y tranquilo? ¿Cuándo Sinaí y Golán empezarán a escribir su historia de paz?